

de un dogmatismo teórico cerrado, sino de unos cuantos principios que brotan y se nutren de la misma práctica: su admiración por Andrés Bello, Martí, Sarmiento, Hostos, Rodó, Darío, Mistral, Asturias, Borges, Neruda y Cortázar.

Como nota triste, que no negativa, diremos que este libro de María José de Queiroz delata una cierta animadversión, no siempre disimulada, por la literatura española o, mejor, por la influencia de la literatura europea en América. *Para los europeos somos América Latina, entidad de existencia vaga con algunas ciudades civilizadas—Río, Buenos Aires, Sao Paulo, México, Caracas—que pueden ser consideradas como capitales de cualquier país de ese conglomerado de «repúblicas» sin historia ni tradición...* (pp. 101-102). El retorno al pasado histórico y a la naturaleza ofrece en América peculiares matices. La Historia no podía presentar a los ojos de los americanos el mismo sugestivo cuadro que la suya a los europeos. El pasado histórico anterior a la Conquista les era desconocido; además, ningún vínculo de sangre o de cultura, como no sea muy débil, les liga a las viejas razas, ya en su mayor parte desaparecidas. Esto conviene tenerlo en cuenta, sobre todo a la hora de elogiar unas literaturas cuyas fuentes (europeas) están ahí con un sólo motivo: la de ser apreciadas por propio merecimiento. JOAQUIN GIMENEZ-ARNAU (*plaza de Cancillería, 7. MADRID-8*).

JUAN EDUARDO CIRLOT: *Diccionario de símbolos*. Editorial Labor. Barcelona, 1970.

Son numerosos los libros que buscan desentrañar en forma a veces jocosa los misterios que rodean el significado y las relaciones entre mitos, símbolos, números y otros objetos que se hallan en conexión directa con los hombres y que de una forma o de otra implican un acercamiento al estudio de lo real y de lo superreal.

En este sentido se produce la obra de Juan Eduardo Cirlot que publica Labor; es la segunda edición, muy aumentada y corregida, de la primera que publicó Miracle en 1958 (y que tradujo al inglés y editó en Londres en 1962 Routledge & Kegan Paul, Ltd.). La importancia de esta obra, de 500 páginas, a formato más bien grande, con muchas ilustraciones, radica en que se trata del primer libro que en el mundo compila en forma alfabetizada los temas simbólicos. Estos constituyen la ciencia llamada simbología. Sobre ésta Cirlot nos pone en antecedentes en la introducción a su diccionario —unas 50 páginas—, y por él sabemos que el término designa, de un lado, una ciencia mo-

derna debida a las investigaciones de antropólogos (sir James Frazer, Leo Frobenius, Lévi-Strauss, Marius Schneider) y de psicoanalistas (Freud, Jung, Ferenczi, Aeppli, etc.); de otro lado, la simbología es la ciencia humanista que recoge los llamados *símbolos tradicionales*, es decir, mitos, atributos de deidades, principios de la naturaleza, etc., esto es, el sustrato de las antiguas religiones y del folklore, pero también de las mal denominadas ciencias *ocultas*. El psicólogo suizo Carl Gustav Jung dedicó gran interés a estas ciencias (alquimia, astrología, etc.) por ver en ellas una proyección espontánea del inconsciente colectivo, concepto clave de su teoría psicológica general. Abundan libros —en Francia, Alemania, Inglaterra— sobre temas simbólicos, pero el diccionario de Cirlot fue el primero en recoger este temario en forma que permite la rápida información y consulta. El símbolo es el pensamiento por imagen, es el lugar de encuentro de dos planos de la realidad, espiritual y material (o acústica y lumínica, por ejemplo). Todos los seres humanos o la mayoría producimos símbolos más o menos inconscientemente en ensueños diurnos, sueños, situaciones, etc. Pero el *tejido simbólico* es particular dominio del poeta y del artista desde los tiempos más remotos. Valor simbólico tienen los signos del Zodíaco, los colores, los números, las zonas del espacio (detrás, delante, derecha, izquierda), y el conocimiento de la simbología permite *leer* en un segundo plano argumentos o imágenes, se trate de un cuento de Andersen, de una determinada película de cine o de un capital romántico. El libro de Cirlot termina con una nutrida bibliografía, que permitirá al que se interese por este tema ahondar en la zona del que mayormente le atraiga. La ilustración, como decíamos, es abundante y visualiza el texto, contribuyendo a su interés y a que el libro, tanto como para eruditos, sea para un público tal vez no general, pero sí perteneciente a la minoría, de la que surgen los estudiosos, los literatos, los creadores en suma.

Estamos, por tanto, ante una obra de inusitada profundidad y de indudable utilidad; con sus aportaciones documentadas y analizadas, Cirlot nos ofrece la perspectiva de un tema tan amplio y diverso como es el de la realidad y sustancialidad del hombre a través de la serie de elementos de comunicación consigo mismo, con los poderes supra-humanos y sobre todo con aquellos seres de los que se encuentra separado con el tiempo, en un trabajo por muchos motivos ejemplar y laudable.—RAUL CHAVARRI (*Instituto de Cultura Hispánica. MADRID*).